



El viaje hacia sí y hacia el Otro: *Un día, allá por el fin del mundo* de Nora Strejilevich

(Nora Strejilevich, *Un día, allá por el fin del mundo*, Santiago de Chile, LOM, 2019, 294 pp. ISBN 978-956-00-1147-3)

por Cristian Montes Capo

Un día, allá por el fin del mundo se inserta en lo que en la actualidad se ha definido como “el espacio biográfico”, entendiendo por ello un conjunto heterogéneo de textualidades en el que se escenifican las diversas narrativas del yo. En esta multiplicidad significante, vale decir en la biografía, la autobiografía, las historias de vida, el diario íntimo, las memorias, las entrevistas, la vivencia personal adquiere un status cognitivo privilegiado. Como sucede en la mayoría de este tipo de formatos, en *Un día, por allá en el fin del mundo*, Autora Narradora y Personaje conforman una unidad (aunque sabemos que nunca hay realmente coincidencia).

Un día, por allá en el fin del mundo se puede leer de diferentes maneras: como un necesario ejercicio de memoria, como un testimonio personal de un momento histórico que cambió no solo la dirección de la vida de la narradora sino del país, de la



región, y también como un testimonio colectivo de una generación que sufrió los efectos devastadores de la dictadura militar argentina: "Éramos una generación precoz, queríamos entender el mundo y cambiar lo que nos rodeaba sin creer en divinidades que nos dieran una mano (69)". Nora, la narradora, irá revelando una forma de identidad que se configura como un proceso en construcción, permeable, abierto, un sujeto descentrado donde lo dialógico de raíz bajtiniana será de suma relevancia, un sujeto que se va definiendo a partir de su otredad, del contexto de diálogo que da sentido a su discurso.

A partir de la situación inicial la figura narradora-personaje revela un estado de equilibrio precario. Al verse obligada a salir del país por la represión militar argentina, su condición se debate entre diversos estados y palabras que la definen y con las cuales intenta lidiar: exiliada, refugiada, inmigrante, residente. A pesar de haber adquirido la residencia canadiense, continúa siendo acuciante el sentimiento de estar viviendo siempre en espacios transitorios. "Quedo otra vez a la intemperie, de casa en casa, lista para dormir en colchones de amigos tan hospitalarios como reacios a las visitas prolongadas" (14). Y más adelante: "¿Para qué pedir la residencia si seguramente partiré otra vez?" (81). El momento histórico la desliga de sus raíces y en el futuro le será muy difícil estabilizarse en algún territorio. Es un desarraigo permanente de la patria, la familia, el idioma. Surgirá de todo esto una crisis del sentido de pertenencia, de un "nosotros" articulador. La sensación es no estar plenamente ni en el aquí ni en el allá. La subjetividad de la protagonista se moldea en ese trance, arraigando la sensación de estar en un "entre". Por otro lado, la protagonista oscila también entre dos lenguas, el castellano y el inglés: un tránsito constante: "En castellano me aterra la continuidad de nuestra historia; en inglés, la falta de continuidad" (14).

El libro se organiza en seis capítulos, cada uno con diversos números de secciones, cada uno en diálogo con un dibujo que también remite a la biografía de la autora, porque son de su padre. No se sigue un orden o tiempo lineal; hay permanentes saltos al pasado y vueltas a un presente narrativo inestable y dinámico. El orden temporal queda sometido así al vaivén de la memoria. Constantemente se irán revisitando los mismos y fundamentales nudos de contenido, pero cada vez serán enriquecidos y procesados desde otra perspectiva. Por otro lado, la información que se va entregando es estratégicamente dosificada, al modo de un ritmo sincopado. Este ritmo se incrementa con la alternancia entre la primera y la segunda persona, mecanismo oscilante al cual el lector se acostumbra rápidamente. La narradora reflexiona respecto a esta necesidad del cambio pronominal que la escritura promueve. "Y por eso no cabe otra que empezar a pensar en segunda persona y hablarte a vos, Nora (...) de vos, molécula en constante movimiento, en fuga sin fin" (229).

Por último, el texto es poligenérico: narración, texto poético (lírico), testimonio, cartas y especialmente un diario. Este diario o cuaderno es el espacio donde la intimidad y la función poética del lenguaje se expresan de manera más intensa. Es también un ámbito textual donde la memoria se interroga a sí misma y se replantea constantemente.

La caracterización y auto-caracterización de la narradora se vincula directamente al motivo del Viaje. Es un viaje por muchos lugares y culturas: por Sudamérica, Europa, Norteamérica, Medio Oriente, pero es de carácter obligatorio, impulsado por



circunstancias históricas concretas: lo que está en juego es la supervivencia. No queda otra que empezar a viajar, y la narradora así lo consigna: "pero lo tuyo no es el turismo sino el camino. No viniste a conocer un país sino a andar" (23).

Según postula Mar Augé, en su libro *El viaje imposible*, en un mundo globalizado como en el que vivimos y al interior del espectáculo estereotipado que éste ha construido con el turismo planetario, se dificulta de manera especial lo que antes se entendía como el placer de viajar. Según él, nuestra época hace de la historia un espectáculo y desrealiza la realidad. El viaje emprendido en *Un día, allá por el fin del mundo* sí es una vía de abrir nuevos espacios, paisajes y encuentros. En consecuencia, tanto los espacios que se recorren como los personajes descritos no se presentan como figuras exóticas. Se evita y se rechaza la postal condescendiente. En su viaje inicial por Sudamérica, que parte de Vancouver en 1987, lo que le interesa es poder captar el pulso de los lugares, su particular ritmo. Va quedando en la escritura una mirada crítica ante la injusticia, la pobreza, la represión militar generalizada, el hambre y los crímenes que se siguen cometiendo. Se siente interpelada y se inserta en diversas marchas de protesta contra el capitalismo agresivo y generador de las grandes desigualdades sociales. Lo que observa a su alrededor y denuncia son justamente las condiciones que la obligaron a dejar su país.

En este viaje, al modo de los antiguos relatos de aventuras, tampoco son ajenos los peligros de la naturaleza, la selva amazónica, los cocodrilos, el pasar días y días navegando, con otras reglas y otras leyes, el experimentar el caos de algunos lugares como el aeropuerto y la ciudad de Manaus, la burocracia infinita en países como Brasil. Goza de la belleza de Iguazú, la calma y el acontecer tranquilo de la región mesopotámica, todo aquello que la narradora define y valora como "el misterioso imán de lo desconocido" (30). Pero junto al goce de la aventura queda claro que el viaje realizado es muy diferente al que experimentan quienes la acompañan. Son otros sus intereses, otro su sentido crítico y valoración de la experiencia: "Es evidente que viajamos por otro mapa" (29).

La Ciudad Autónoma de Buenos Aires es el locus de enunciación que permite hablar de otro ángulo del viaje que concentra y condensa una dimensión existencial, esto es, que el Viaje emprendido ya no connota solo aventura por territorios físicos, sino que es un viaje hacia el Otro. Un viaje hacia ese objeto ausente que se convierte en el objeto de búsqueda. Es una carencia que no cesa y que intenta ser llenada, sin que sea posible. Ese Otro originario está conformado por la familia de la narradora, por ese primer "nosotros": el padre, la madre, Nora y su hermano Gerardo, siendo este último el gran Otro de la situación comunicativa. Padre, madre, hijo, hija y el dolor de la pérdida, del crimen nefasto, del secuestro de ella y de su hermano Gerardo, de su desaparición, de la desesperación de los padres ante el secuestro de sus hijos. Lo ocurrido con Gerardo es el núcleo que cambia definitivamente y en todos los sentidos posibles la trama vital de la narradora. Su dolor se suma al del colectivo en una marcha en Buenos Aires de rechazo a la impunidad, y en los juicios públicos en los que entrega su testimonio. Buenos Aires deviene así lugar de la infancia, del hogar, de la familia, pero también espacio tanático en el cual la Dictadura argentina generó muerte, crímenes y exilios.

El sentimiento de orfandad y de des-pertenencia horadan el imaginario del viaje y evidenciando su desgaste simbólico. No obstante, el movimiento ayuda a



compensar dicha sintomatología, y es así que continúa el viaje por distintos países: por Israel, Grecia, Egipto, Italia, por el Mediterráneo, por Inglaterra; en suma, por diferentes culturas y lenguas. La sensación de no tener ni poder tener un lugar propio es constante. La protagonista se siente dividida, sobre todo, entre dos lugares y dos lenguas: inglés y castellano, eso demuestra que “por lo menos soy dos en una” (84). Se siente extranjera en los dos lados (o en todos lados) y experimenta un miedo generalizado, cuyo eje es el miedo a perder lo que tiene y tuvo en Buenos Aires: “Miedo a irme y miedo a quedarme. Miedo al miedo” (84).

Si bien el viaje continúa con cargas afectivas distintas a lo largo de los años, algo ha permanecido como una constante: la sensación de que el azar es lo que regula el viaje y el rechazo de la narradora por los itinerarios fijos. El viaje es también una manera de neutralizar las diversas expresiones de la muerte: “Un viaje es la mejor receta para asumir esta inmortal mortalidad. Una forma de olvidar la muerte o de esquivarla, como si ese ir en pos de algo fuera una travesura para dejarla atrás” (105). El viaje es, en definitiva, el dispositivo a través del cual se dimensiona el sujeto y el mundo representado. Y esta dimensión del existir se gestiona a partir de la relación vida/viaje.

Lo que se observa en el libro de Nora Strejilevich es un trabajo con la memoria donde pasado, presente y futuro son parte de un mismo horizonte de significación: un itinerario complejo, problemático, difícil de llevar adelante, donde el ayer se experimenta como frágil y en permanente riesgo de borrarse, de diluirse, y donde la memoria revela su constitutiva fragilidad: “La memoria es también una estatua de arcilla. El viento pasa y le arranca, poco a poco, granos y partículas” (179).

El ejercicio de la memoria se concentrará en lo que significó la dictadura, las pérdidas humanas que se generaron, las sesiones de la Comisión de Verdad y Reconciliación (*Truth and Reconciliation Commission*) en Sudáfrica y los juicios por crímenes de lesa humanidad argentinos. Mientras tanto la narradora, dado el dolor y los temores asociados al pasado, intenta liberarse de él y ensayar nuevas formas de vida: “Mi meta es ésa: un lugar que impida cualquier memoria personal. Pienso ahogarla sin piedad en un hoyo sin referentes, maniatar sus habituales asociaciones, burlarme de ella. Ganarás, de una vez por todas, el premio más ansiado: el abandono al dulce olvido”. (160) Se produce así una tensión entre memoria y olvido. Sin embargo, a poco andar, entiende que simplemente no es posible olvidarse de todo lo ocurrido, pues las situaciones que se van generando y las personas que va conociendo la devolverán invariablemente a dicho pasado: “Tendrás que asumir, no sin desazón, que es inevitable, que si llegaste a la madurez es para admitir que no podrás olvidar, que ni siquiera podrás tomarte unas nimias vacaciones del asunto (...) la memoria no solo ha resucitado, sino que te domina”. (165) Ya sea al modo de una memoria involuntaria o producto de alguna situación puntual, el pasado siempre retorna en el texto y nos remite nuevamente a la experiencia del secuestro familiar. La protagonista siente un exilio radical: “El exilio de tu país se acabó hace rato, ahora vivís exiliada del mundo” (198). En ese exilio se busca incansablemente una mejor vida, una vida que valga la pena. Para ello posee la escritura y ha tomado una decisión: “Mi resolución es hablar y escribir sobre nuestra historia reciente. La del mundo contemporáneo, la de América Latina, la del Cono Sur, la nuestra, la mía” (203). En resumen, sujeto e historia establecen una relación tensa: lo vivido implica dolor, pero no puede borrarse la



historia. Por eso la narradora, finalmente, decide: "No olvidarla sino convivir con ella de otra forma. Decirle chau a la derrota" (19). La idea es fortalecerse y "tratar de ser quien quiero a pesar de las horas que se apuran por hacer de mí todo lo contrario a lo que aspiran mis aspiraciones" (253-254). El deseo de pertenencia a un lugar, a una comunidad, a un país se mantiene intacto, como también la autopercepción de poseer una identidad porosa y siempre suspendida entre ser una cosa o la otra: "¿Soy porteña o apenas estoy en Buenos Aires?...¿Dónde estoy y por qué llegué hasta aquí?" (265).

El libro responde a esta pregunta, ya que en las páginas finales Nora declara en los juicios a los genocidas: "Ser testigo de este ritual extraño. La mente no puede creer que estén ahí, en el banquillo de los acusados, pacientes señores mayores atentos a un lenguaje que no parecen entender". (268) Pero el texto se concentra en quién es y ha sido el depositario principal de la narración, es decir su hermano Gerardo. Nora señala que los desaparecidos están más presentes que nunca, que la ausencia ha devenido en una acuciente forma de presencia. Es el instante narrativo donde el drama de la pérdida familiar se explicita con la contundencia que exigen las circunstancias. El último interlocutor de la narradora-protagonista será justamente el primero, es decir su hermano, quien recibirá la noticia de que los culpables serán juzgados. El pasado se ha hecho presente y ha demostrado su vigencia gracias al ritual de la escritura: "¿Pasado? No, no ha pasado me susurran. Y tampoco Gerardo pasa. La suya es una vida de nunca acabar. No es memoria sino puro presente. No es un día siempre. No es allá por el fin del mundo sino acá, en cualquier parte". (290)

Cristian Montes Capo

Universidad de Chile

cmontes@vtr.net

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 24 – 11/2020

ISSN 2035-7680

435